

## El ayer caminando va conmigo

Tú sólo en mi pensar, leve tormento  
como rizo de brisa en lenta ola;  
tú despiertas la dulce caracola  
de un ayer ya marchito y sin lamento.

Un ayer marchitado, pero vivo  
en la cárcel sin rejas del tormento;  
un vivir y añorar siempre contento  
por los vagos caminos del olvido.

¡Qué sufrir y anhelar gozando amigo,  
qué consorcio de amor y dulce pena  
conjugo contemplando mi pasado;

el ayer caminando va conmigo,  
y gozando al recuerdo me condena  
para vivir en él, siempre varado.

J. RAMOS APARICIO

Arroyo de la Luz, Agosto 1968.

## ERASE UN RELOJ...

Por MERCEDES GARCIA-CAMINO BURGOS  
Estudiante de Filosofía y Letras en Salamanca

**E**ra un reloj; un dorado reloj lleno de adornos y filigranas. No era como los demás; tenía unos grandes ojos negros que se movían al ritmo de mi tic-tac. Mis manecillas eran mis brazos y mis piernas eran dos columnas retorcidas. Estaba colocado en la entrada de la casa, sobre una vieja consola de caoba, una de esas eternas mesas que hay en todas las casas. En la habitación donde me encontraba solía reinar la penumbra y la iluminaba una araña llena de bombillas. Sobre la consola había varios objetos de los que era compañero.

Había dos candelabros altos, esbeltos, que miraban orgullosos por entre sus bocas negras. A mí, personalmente, no me gustaban. La razón era que yo les tenía miedo; me parecían esos negros árboles de las tormentas: oscuros fantasmas que aparecen en las casas antiguas y abandonadas.

Otro de los objetos era un chino. Un chino bajo y tripudo. Su fina tez amarilla sonreía siempre con un gesto absurdo. Tenía largos bigotes y unas trenzas más largas aún. Sus pequeños pies apenas se le veían bajo sus ropas. Era un poco cascarrabias y, además de nuestra diferencia de nacionalidad, él chino, yo suizo, nuestras disputas eran frecuentes. El se empeñaba en tirar de mis manecillas y yo de sus bigotes. El resultado fácilmente podéis imaginarlo.

Los últimos habitantes de la consola eran dos figurillas de porcelana: ella frágil, pálida, sentada sobre una banqueta y con un abanico semiabierto sobre su falda; él, apuesto, orgulloso, de apostura bizarra. Tenía la mano apoyada en el pomo de la espada. Eran muy simpáticos y yo muy amigo de ellos. Se querían, pero su postura les obligaba a estar todo el día sin mirarse. Sólo al llegar la noche... ¡Ah!; pero esto lo contaré más tarde.

Os diré con toda sinceridad que soy un reloj muy mal educado: marco las horas a mi gusto, las alargo o las acorto según mi deseo.

Siempre que venía una visita pesada mis manecillas corrían veloces para que se fuera antes. Esto me ocurría con doña Carmen, una señora que venía a visitar a mi ama. Doña Carmen no me gustaba. Era una charlatana insoportable que no dejaba hablar a nadie. Llevaba un moño muy repeinado; gesticulaba de tal forma que toda ella se movía; además, me aturdí con su incesante abaniquero, que sonaba «chas... chas... chas...».

Mi ama me gustaba. Se llamaba Mercedes; no era ni flaca, ni gordita, pero sí bajita. Tenía el pelo blanco y era muy alegre. ¡Ah!; pero tenía dos tremendas manías; una se la perdono: eran las flores. En nuestra casa las había por todas partes. Reconozco que son bonitas. ¡Pero la otra manía...! Mi ama se pasaba el día limpiando el polvo. No una, sino varias veces venía hacia mí blandiendo su flamante bayeta y me restregaba hasta conseguir sacarme brillo. ¡Ay! ¡Cuántos atropellos de esta clase sufrí!

La visita que más me gustaba era la de los nietos de mi ama. Niños traviosos, para quienes yo era algo grande. Más de una vez me cogieron las manecillas y las revolvieron a su gusto. La mayor parte de las veces se conformaban con pegar su oído a mi pecho y escuchar mi tic-tac. Yo los quería. Cuando estaban en casa, mis agujas se movían perezosas para evitar que se fueran.

La hora en que todos los objetos tomamos vida real, sabéis todos que son las doce de la noche. Pues bien: también a esa hora hacía yo de las mías. Me retrasaba y alargaba el momento en que mis dos manos se unieran. Lo hacía, más que nada, para hacer rabiar al chino. Entonces él gritaba:

—Oye, viejo reloj, ¿qué haces ahí sin dar la hora? ¡Date prisa, que quiero estirarme!

Y yo le contestaba:

—¡No quiero, chino gordo!

Y veía cómo sus ojillos se encendían de rabia.

Pero entonces, al otro lado, oía otra voz:

—¡Por favor, amigo, da la hora! ¡No retrases más nuestra espera!

Seguro que ya sabréis quién era. Pues sí: se trataba de la damita que entre lánguidos suspiros aguardaba su cita con el caballero. Entonces yo, cortésmente gritaba:

—¡Son las doce!

Porque yo no daba campanadas, yo decía la hora.

Al momento, toda aquella tranquilidad se rompía: los candelabros balanceaban sus brazos y bailaban alegres. El chino correteaba y, de vez en cuando, me miraba de reojo, dispuesto a la pelea en cual-

quier momento. Yo le podía en fuerza, pero él, por su tamaño y peso, me aventajaba en habilidad.

La damita y el caballero apenas hablaban; pero muy cerca el uno de la otra, se miraban tiernamente. A veces, el chino se paraba delante de ellos y se reía. ¡Con qué gusto le hubiera tirado entonces de los bigotes!

En el fondo de la estancia los sombreros grises, negros, reían y charlotteaban alzando sus alas, contando cada uno sus viajes por el mundo a lomos de una cabeza calva o con pelo.

Los serios paraguas negros cortejaban a los atrevidos paraguaitas de colores en medio de una alegre algarabía.

Pero aun os tengo una sorpresa. Yo no soy un reloj común, ya os lo he dicho. Al llegar esta hora, en mi interior se producía un gran alboroto: mi esfera se abría y salían de ella seis pequeños relojos, traviosos e inquietos, que con sus incesantes juegos y travesuras incordiaban a todos. Pero al que peor le iba era al chino. Mis hijos le rodeaban sin dejarle moverse, y el pobre chinito, que en el fondo no era tan malo, no sabía qué hacer.

—¡Anda, gordo, pega ahora a nuestro padre!

—¡Sí, sí, hazlo!

—¡Huy, qué bigotes tan largos!

—¡Mirad; le deshice las coletas!

—¡Qué barrigona tienes...!

Y el chinito enrojecía, palidecía y toda su figura rechoncha sudaba. Aquello era un caos total. Al final, todos corríamos jugando al corro, incluido el chinito.

Cuando me paraba un momento a descansar, podía oír conversaciones como éstas:

—¡Cuánto sufrí todo el día esperando este momento!

—Yo también, señor. Pero, por favor, no me miréis de esa forma.

Me avergonzáis.

—Os miro así porque os quiero.

Y entonces la damita, toda ruborizada, bajaba los ojos y decía:

—Yo también os amo.

Al otro lado podía escucharse a un apuesto canotier:

—Esta mañana hacía un día espléndido cuando salí; pero excesivo. Al final todo mi cuerpo ardía. Por cierto: me ocurrió un incidente odioso,

—¡Cuenta, cuenta! —corearon los demás sombreros.

—Fue muy desagradable. Como os decía, iba paseando, cuando

noté algo encima: me palpo con la mano y... os lo imagináis, ¿no? Un pájaro me había puesto hecho un asco.

—¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja! —rieron todos los demás sombreros. Y el canotier, muy enfadado, contestó:

—No le veo la gracia. Ha estropeado mi paja.

Pero cuando más animación hay, siempre llega el final. Entonces, el chino se para delante de mí, y apenado me dice:

—¡Oye, tú!, no corras tanto, detente un poco.

Y surge un coro de voces que me gritan:

—¡No corras, detente!

Pero yo sigo adelante. El chino inconformista se abalanza contra mí y tira de mis agujas. Yo le doy un tirón de sus bigotes. El chino, entonces, trepa por mis adornos con tan mala pata, que se queda ridículamente colgado de uno de ellos.

Ya no puedo detener más mi caminar. Dije que estoy mal educado. ¡Es verdad!, pero soy el tiempo. Paso rápido a veces, otras lento. Mis agujas van llegando a la hora del silencio, de la soledad. Se aproximan y...

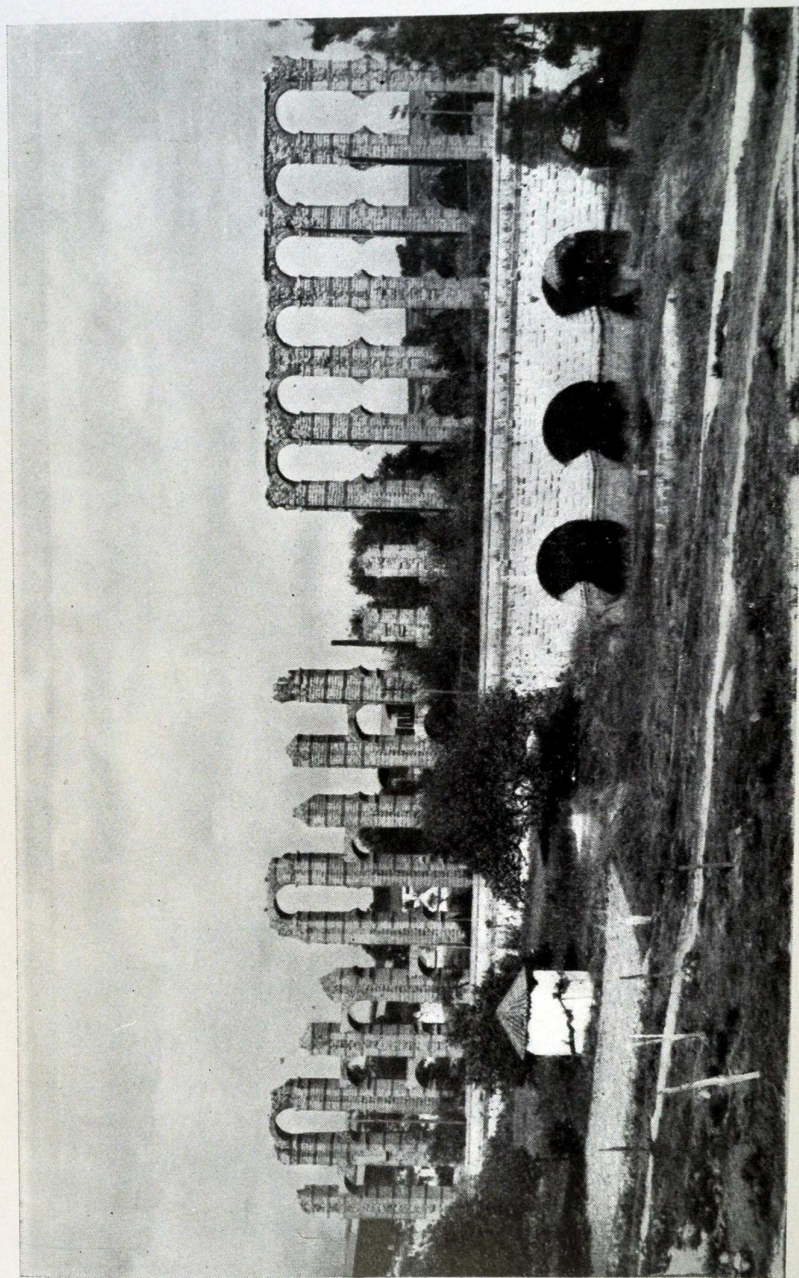
—¡Riin, riin...!

Miguel se levanta sorprendido. De un manotazo para el despertador. Mira asombrado a su alrededor; no ve nada de lo que imaginó. Ríe.

—¡Sólo fue un sueño! He soñado que era el reloj de la abuela, el que tenía encima de la mesa de la entrada. Y también soñé con los candelabros y el chino.

Vuelve a sonreír. Se reclina sobre la almohada. Cierra los ojos y busca otra vez el sueño. Intenta evocarlo. Al poco rato se queda dormido.

Miguel no llegaría temprano al colegio aquel día.



ALBUM EXTREMEÑO.—Mérida: Acueducto y Puente romano sobre el Albarregas. (Foto Arribas).